

STONEHENGE: OBSERVATORIO Y SANTUARIO MEGALÍTICO

Prof. Alejandro Medeiros
Docente de Astronomía.

“La arquitectura es el arte que
más se esfuerza por reproducir
en su ritmo el orden del
universo”.

Umberto Eco
“El nombre de la rosa”

El próximo 21 de Diciembre se producirá el Solsticio de Capricornio, el comienzo del verano en nuestro hemisferio y el invierno en los países del norte. Todos los años en esa fecha sectas paganas se reúnen a celebrar, en las ruinas megalíticas de Stonehenge (Wiltshire, Reino Unido), la noche más larga del año.

ORÍGENES

Como sabemos la ciencia de la Astronomía es antiquísima, surge frente a la necesidad de medir el tiempo y predecir el cambio de estaciones. Veamos: durante casi todo el largo periplo humano nuestros pares vivieron de lo que les ofrecía el medio; desarrollamos una industria lítica para preparar la carne, frutos, raíces, y demás productos que la naturaleza nos brindaba.

De hecho sabemos que el Homo habilis (primer exponente del género Homo y contemporáneo de los últimos Australopitecinos) hace dos millones de años atrás, era ya capaz de fabricar rudimentarias herramientas.

Ahora bien, esta condición de dependencia es perfectamente razonable y natural si pensamos que somos una especie predominantemente exploradora y viajera, máxime si tenemos en cuenta que nuestra tecnología es una conquista que se imbrica filogenéticamente con la cerebración.

Si bien nuestra cuna está en África los Neandertales (ancestros en otra línea evolutiva) emigran de ese continente hace cerca de 250 mil años para establecerse en Europa Occidental. Doscientos mil años después, en plena edad glaciár, lo hace el Homo sapiens.

Cuando ambas especies se encuentran, el Neandertal por razones que aun desconocemos, se extingue.

Hace cerca de diez mil años, a poco de terminar la última glaciación, el sapiens completa la ocupación del planeta. Nosotros somos la única especie que logró establecerse en todo el globo.

Resulta por demás curioso e interesante estudiar los mecanismos que hicieron de los humanos la especie dominante. Las variables que intervinieron para que estemos ahora aquí, en este momento histórico, enviando naves exploradoras desde las “orillas del océano cósmico”, son innumerables y producto, muchísimas veces, del mas estricto azar.

El proceso civilizatorio, el surgimiento de las primeras ciudades a orillas del Eufrates, el sedentarismo en sentido estricto, fue producto en buena medida -tal como nos lo recuerda Jacob Bronowski en “The ascent of man”- de un evento fortuito: al final de la última glaciación se produjo una mutación en uno de los cromosomas del trigo silvestre que alteró la forma, rugosidad y tamaño de su semilla.

El nuevo trigo tenía una semilla grande que no volaba con el viento, un capricho de la naturaleza que el hombre supo aprovechar inteligentemente para cultivarlo. Y ese hecho fortuito, ajeno a las decisiones humanas, fue uno de los factores que disparó el sedentarismo, y con el sedentarismo vino la domesticación de animales, la práctica intensiva de la agricultura y los primeros intentos de ingeniería ambiental mediante riego y acequias.

Sin embargo la naturaleza no tiene porqué ajustarse a nuestras necesidades, somos nosotros los que debemos ajustarnos a ella, ¿cómo?, conociendo sus patrones, sus ciclos, y la forma más obvia de hacerlo era elaborando calendarios, es decir: midiendo el tiempo.

Para saber cuando plantar o cosechar, cuando es el periodo de lluvias o cuando se produce el invierno, nuestros ancestros debieron estudiar los astros, el movimiento del cielo, las fases de la luna, el movimiento aparente del Sol a lo largo del año.

REPRODUCIENDO EL ORDEN DEL CIELO EN LA TIERRA

Todas las altas culturas y civilizaciones que nos precedieron se valieron de la observación de los movimientos del cielo para estructurar su sociedad. La observación de los cuerpos celestes les permitía saber cuando cultivar la tierra, base de sus economías y por lo tanto de su subsistencia y supervivencia, y en virtud de ello vincularon a la Tierra con el cielo. El diseño de Angkor Wat en Camboya (tal como lo descubrieron los sistemas de radar del Endeavour hace unos años), el trazado de las avenidas de Pueblo Bonito de los Anazasis, la distribución de las pirámides Keops, Kefrén y Mikerinos de la meseta Gizeh en relación al río Nilo (teoría de la “correlación de Orión”) respondía a esa necesidad imperiosa y pulsional de llevar orden al caos. La lógica y perfección matemática del firmamento era de esa forma acogida e instalada en el mundo de los hombres.

Pero no solamente eso; los astros eran tan importantes en sus vidas que los convirtieron en dioses: Tokarev afirma, en “La Historia de las religiones”, que todas las sociedades de economía agraria adoran al Sol como un dios; las “extrañas” retrogradaciones planetarias -recién explicadas satisfactoriamente por Johannes Kepler en el siglo XVII- eran propias de seres vivos, aunque muy superiores a nosotros.

Los Babilonios fueron quienes inventaron la pseudociencia de la astrología, la creencia de que los asuntos humanos y terrenales estaban regidos por los astros-dioses que se desplazaban periódicamente por las doce constelaciones zodiacales (constelaciones que ellos mismos describieron). La palabra cultura con la que asociamos a las sociedades políticamente organizadas, tiene dos raíces (aunque ambas estrechamente emparentadas): culto y cultivo. Culto a los dioses, los dioses del cielo y el cultivo de la tierra.

UN ANTIGUO CENTRO CEREMONIAL

La construcción megalítica de Stonehenge, ubicada en el condado de Wildshire al sur de Inglaterra, forma parte de una era de grandes monumentos de piedra que surgió en Europa Occidental alrededor del año 4000 AC. Antiguamente se creía que Stonehenge había sido construido por sacerdotes de una avanzada civilización mediterránea alrededor del 1600 AC; estudios realizados con carbono 14 permitieron desacreditar esa hipótesis.

Los megalitos de Stonehenge se encuentran en la llanura de Salisbury, una región caracterizada por extraños montículos, cementerios neolíticos donde yacen esqueletos sin cabeza.

Según antropólogos y expertos en religiones antiguas existía la creencia de que desarmando los esqueletos se dejaba libre al alma para unirse al grupo de los difuntos. Los huesos se mezclaban (perdida de individualidad) para que formaran parte de la comunidad de los ancestros.

Los difuntos eran parte fundamental de la sociedad, parte de su presente y al mostrarlos como reliquias influían en el futuro.

En Salisbury esta clase de tumbas desaparece en el 3000 AC que es cuando se empiezan a construir círculos con postes de madera. Vale recordar el significado del círculo: para muchas religiones esta forma geométrica era el símbolo de un sitio consagrado, un punto que unía la Tierra con el mundo de los espíritus, una suerte de microcosmos, un lugar donde dialogar con los antepasados; virtualmente un puente que conectaba lo terreno y percedero con lo eterno e inmutable; muy cerca de los megalitos, al sudeste de la construcción, se ha identificado una “masa ceremonial”, una roca que representaría el punto más meridional de la salida de la Luna.

as religiones pre-cristianas creían que la Luna tenía el poder de la reencarnación (la Luna menguante parece morir para luego volver a nacer como una delgada hoz creciente).

No es extraño que muchas culturas hayan imaginado a la Luna como la tierra de los difuntos.

En Stonehenge la construcción de madera es suplantada por la de piedra 2500 años antes de Cristo. Según parece las enormes rocas sarsens fueron traídas de canteras que se encuentran a mas de 30 KM de distancia. Todavía no sabemos con exactitud como se transportaron y colocaron en ese lugar rocas de decenas de toneladas e incluso hasta se ha sugerido la intervención de “extraterrestres” (sobre este punto me abstengo de opinar ya que mis lectores saben que me dedico a la ciencia, no a los cuentos infantiles).

LOS CHAMANES Y EL SOLSTICIO

Hoy en día existe un consenso generalizado entre los investigadores: las ruinas megalíticas de Stonehenge cumplieron las funciones de observatorio astronómico y centro ceremonial.

Si ud., amigo lector, tiene la oportunidad de visitar Stonehenge durante el solsticio de Capricornio le sugiero que, en el momento exacto de la puesta de Sol, se pare sobre la avenida que conduce a las ruinas. En ese preciso instante el Sol parece detenerse en medio de la avenida en una alineación casi perfecta, y por si fuera poco el tamaño de las piedras en dirección al poniente va en aumento.

Cuando sucede esto el tiempo parece detenerse y en muchas religiones es el momento exacto en que los chamanes (sacerdotes) ingresan al mundo de los espíritus.

El ritual literalmente cobra vida para permitir el acceso al reino de los antepasados.

Parece ser que los chamanes consumían alucinógenos que les inducía un estado de trance hipnótico; la “puerta” que les conducía a ese mundo mágico potenciado por la ocurrencia de eventos cíclicos de carácter astronómico y creencias religiosas y espirituales recreadas magníficamente a través de arquitectura megalítica.

Las dataciones mediante isótopo permiten confirmar que Stonehenge fue abandonado 1500 años antes de Cristo, época en que el pensamiento religioso pagano dotó de entidades espirituales a ríos, bosques y lagos.

Tengamos presente que su función astronómico-ceremonial se extendió por más de mil años, mucho más tiempo que cualquier catedral occidental, y

aún en el día de hoy la secta de los Druidas vuelve en cada solsticio a practicar rituales cuyos orígenes se pierden en la memoria del hombre.